



FONDO
ABELARDO A. LEAL LEAL

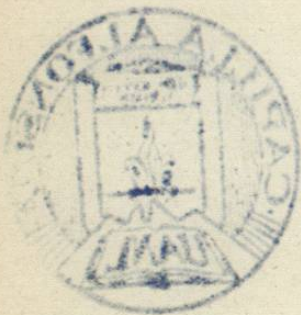
K906
E8
v. 1

CONCORDADOS Y ANOTADOS

K906
E8
V. 1
TOMO PRIMERO

CONTIENE LOS CODIGOS SIGUIENTES:

308	Las Leyes del Esti...	V	Introducción...
310	El Fuero Real...	I	Leyes Judiciales...
312	El Ordenamiento de Alcalá...	II	El Fuero Juzgo...
		III	El Fuero Viejo de Castilla...



MADRID

IMPRESA DE LA PUBLICIDAD, A CARGO DE D. M. BILBAURRUA

CALLE DE SAN DEL VALLE, N.º 6

1847

DE LA MONARQUIA WISOGODA

Y DE SU CÓDIGO

EL LIBRO DE LOS JUECES O FUERO JUZGO.

CAPITULO PRIMERO.

Invasión de los bárbaros en la Península. — Los vándalos, los suevos y los alanos. — Los godos. — Origen de este pueblo. — Su división en visigodos y ostrogodos. — Sus costumbres. — Su aparición en las fronteras del Imperio. — Su invasión por el Danubio. — Sus pactos con Valente. — Su conversión al cristianismo. — Hácense arrianos. — Desavenencias con los emperadores. — Atanarico. — Alarico. — Ataulfo. — Toman asiento en las dos vertientes del Pirineo. — Guerras con los vándalos. — Política de Ataulfo. — Su muerte. — Wallia. — Somete los bárbaros de España al imperio romano. — Teodoro. — Organización del estado. — La tribu se convierte en nación. — Invasión de Atila. — Los hunos. — Batalla de Chalons. — Sucesión hereditaria. — Turismundo. — Teodorico. — Guerra de los suevos. — Eurico. — Conquistas en España. — Apogeo de la monarquía goda. — Primeras leyes de los godos. — Fuéron dictadas solo para ellos. — Alarico II. — Pérdida de la Aquitania. — El breviario de Aniano. — Desastres y turbulencias. — Amalarico. — Teudis. — Teudiselo. — Agila. — Atanagildo. — Liuva. — Leovigildo. — Nueva grandeza del estado. — Situación religiosa. — Conversión de Hermenegildo. — Guerra civil, y muerte de Hermenegildo. — Últimos momentos de Leovigildo. — Nueva faz de la monarquía goda.

1. COMENZABA el quinto siglo de la era cristiana, y eran trascurridos algunos años mas desde la incorporación completa de nuestra península al dominio de Roma, bajo el imperio de Augusto, cuando los bárbaros del norte, derramándose á manera de torrente, é inundándola con irresistible ^{Invasión} furia de los bárbaros, no solo derribaron el edificio político asentado en ella, sino que conmovieron hondamente y hasta en sus bases la sociedad, la civilización, la vida entera de los pueblos que la habitaban.

2. Este gravísimo acontecimiento fué comun á todas las regiones de la Europa occidental. Carcomido hasta el corazon, hundíase con estrépito el romano poder bajo el empuje de las tribus septentrionales. Solo al eco de sus primeros bramidos temblaba Honorio en su inexpugnable encierro de Ravena, abandonando el Imperio al azote providencial que habia de destruirle. Salvadas ya las barreras del Rin y del Danubio, paseáronse sin contradicción las hordas de la Germania y de la Escitia por la herencia de Trajano, de Constantino y de Teodosio. Los cimbro volvieron á beber las aguas del Ródano; los sármatas se aposentaron muellemente en las márgenes del Arno, del Bétis y del Garona.

3. En aquel caos que el entendimiento apenas concibe, en aquel cataclismo moral, el mayor de cuantos ha experimentado el universo, tres grandes avenidas de bárbaros cayeron y rodaron desde ^{Los vándalos, los suevos y los alanos.} luego y casi simultáneamente en nuestra tierra de España: la de los vándalos, la de los suevos y la de los alanos. Desde las selvas germánicas, las dos primeras; desde las *steppas* de la Tartaria, según se cree, esta última, todas tres vinieron á desgarrar la península ibérica, á subvertir la paz y tranquilidad que en ella se gozaban, á imponer un nuevo yugo en los hombros de sus habitantes. La soberanía imperial se escapaba como una ilusión, y el látigo y la *frámea* del salvaje reemplazaban á las faces del pretor y á la espada del legionario.

4. No es nuestro propósito el consignar aquí, ni aun muy sumariamente, la tristísima historia de aquella época. Decimos solo lo que es necesario como preliminar al exámen de la legislación goda, objeto del presente discurso.

5. Los alanos, los vándalos y los suevos habian descansado en España, arrancando tres de sus anchas provincias al moribundo imperio de Occidente. Ocupada la Lusitania por los primeros, la Bética por los segundos, y por los últimos la Galicia, tan solo los territorios que reconocian por capitales á Tarragona y á Cartagena, es decir, la España central y la oriental, permanecian adheridas, si quiera de nombre, á la antigua dominación romana. No se piense, sin embargo, que era posible algun reposo, alguna estabilidad en aquella situación: el torbellino continuaba en sus vueltas, y la lucha se renovaba todos los días, porque las posesiones de los bárbaros, mas bien que ese nombre, merecian el de campamentos, los cuales en una noche se podian levantar para trasladarlos á otros puntos, adonde su interés ó su capricho los convidasen. Aquellos espoliadores del romano imperio eran solo hordas, y no naciones todavía.

^{Los godos.} 6. En medio de semejantes circunstancias, una cuarta irrupción, la de los godos, apareció por las cimas del Pirineo.

^{Origen de este pueblo.} 7. El origen, la procedencia, la historia primitiva de este pueblo, han dado ocasion á grandes debates. Quiénes, apoyándose en una expresión de Tácito, colocan su asiento en la Germania, hácia la embocadura del Vístula; quiénes, fundándose en la autoridad de Jornandes, su obispo y cronista, los hacen proceder de la Escandinavia, hoy la Suecia; quiénes, por último, los suponen venidos de la Escitia, pretendiendo que eran verdaderos tártaros, oriundos de los anchos países que se dilatan mas allá de la laguna Meótides. Esta opinión, indicada ya en el siglo VI por S. Isidoro, no solo parece la mas probable en el día por las autoridades que la recomiendan, sino que es la única por donde se pueden explicar grandes diferencias entre las costumbres góticas y las germánicas, acerca de las cuales no cabe ninguna duda sin subvertir completamente la historia.

8. De cualquier modo que sea, parece indudable que hácia los principios de la era cristiana existian simultáneamente dos pueblos de godos, semejantes, no solo en el nombre, sino tambien en el idioma y en el aspecto: uno de los cuales habitaba las costas del mar Báltico, á entrambos lados de los estrechos que le unen con el del Norte, mientras que el otro se extendia entre el Don y el Danubio, en los límites del Asia y de la Europa. Tal vez eran hermanas estas dos tribus, como ramas separadas del mismo tronco, y divididas en uno de los movimientos anteriores de la humanidad; pero si esto era así, el origen comun de una y otra lo debieron ser las regiones del Asia superior, de donde partieron sucesivamente en tiempos mas antiguos que nuestra historia, las grandes emigraciones que poco á poco han ido poblando toda la tierra. Suponer á los godos del Danubio oriundos de la Escandinavia es precisamente asentar una contradicción, ó cuando ménos una excepción, á todos los hechos primitivos de que tenemos noticia; lo cual exigiria á la vez un cúmulo de pruebas, que de seguro no pueden suministrarnos los que se inclinan á aquella hipótesis, é indicaria el vencimiento de inmensas dificultades, que no concebimos cómo se hubiesen superado.

9. Los godos pues en cuanto nos interesan á nosotros, los godos, que representan un papel tan importante en la agonía y en la ruina del Imperio, no son un pueblo germánico, como los francos, los suevos y los sajones: son un pueblo oriental, como los escitas y los hunos. Latinizando su nombre, según era entre ellos costumbre, llamábanlos *getas* los escritores romanos, y colocaban su asiento en las riberas del Ponto-Euxino, entre los anchos rios que hemos mencionado antes. Ya por esta época

parece que se dividia la nacion en dos grandes tribus, separadas por el Dnieper (Borysthe- ^{Su division en wisigodos y ostrogodos.} nes), y llamadas, según su posición, ostrogodos y wisigodos, godos orientales y godos occidentales: mas internados en la Tartaria los primeros, mas próximos al orbe romano los segundos; mas bárbaros aquellos, si así puede decirse, mas cercanos estos á la civilización, por su roce con pueblos que la disfrutaban.

10. Qué fuesen los godos en sus costumbres, en sus leyes, en su vida privada y nacio- ^{Sus costumbres.} nal, durante el espacio de tiempo que ocuparon aquella region, primer alto en su marcha á que alcanza y que refiere la historia, son puntos mas bien para conjeturarse que no para afirmarse con certeza. Respecto á esa Germania del Dnieper no tenemos por guía al gran escritor del siglo de Vespasiano; y lejos de ofrecernos la antigüedad un libro semejante, nos vemos en la precisión de adivinar algo que le pueda suplir, por medio de fragmentos esparcidos en multitud de analistas. La comparación de los unos con los otros, y la aplicación del buen sentido que rectamente los juzgue, son los únicos caminos que nos pueden llevar en investigación tan dificultosa. Aun el mismo célebre historiador de la decadencia y la ruina del Imperio ha fijado muy lijera y superficialmente sus miradas en todo lo que dice relación al elemento bárbaro de su asunto, seducido y preocupado por el romano, que era mas acepto al género de sus ideas y á la índole de su carácter.

11. Hé aquí, sin embargo, una descripción que nos ha dejado Ammiano Marcelino de las tribus alanas, raza evidentemente gótica, según el sentir de los historiadores mas estimados. A falta de datos directos, la crítica y la filosofía tienen que contentarse con los que dan origen á razonables inducciones, y explican lo igual, ó siquiera lo parecido, ya que no describan lo que se busca y apetece. «Jamás han habitado estos bárbaros, dice aquel historiador, bajo ningun techo; jamás han empuñado sus manos instrumento alguno con que labrar la tierra. La carne y la leche de sus rebaños constituyen todo su alimento, mientras que sentados en sus carros, que están cubiertos de ramas y cortezas, discurren lentamente por aquellas inmensas soledades. Cuando llegan á un lugar abundante en pastos, forman los carros en círculo y hacen alto, para que sus ganados los coman; luego que los han agotado, prosiguen su marcha, llevando á otra parte su errante y nómada población. En los carros es donde el varón se une á la hembra, donde nacen y se crían los hijos, donde están colocados los penates, donde fijan y consideran la patria. Llevando delante de sí sus innumerables ganados, puede decirse que se apacientan á sí propios, á la par con ellos. Cuidan sobre todo de criar y de tener gran muchedumbre de caballos, acostumbrándose desde la juventud á dirigirlos, y mirando como un desdoro el caminar á pié. Las mujeres y los viejos incapaces de batallar permanecen siempre en los carros, dados á las ocupaciones que su sexo y su debilidad les permiten. Tampoco hay entre ellos templos ni imágenes: una espada que clavan en la tierra, según el rito bárbaro, es la representación del dios Marte, á quien prestan adoración á su modo.»

12. Por escasas que sean estas noticias, adviértense ya diferencias entre el pueblo que ellas describen y los pueblos germánicos de Tácito. Encontramos aquí un estado de civilización mas lejano, mas primitivo, mas oriental: al escucharle, no nos lleva nuestra imaginación á los bosques del Elba, sino á los desiertos de la Tartaria. Esa ausencia completa de cultivo, ese carro por toda habitación, esa cabalgada permanente, unida al desprecio con que se mira al hombre de á pié, esa simplicidad de culto religioso, que apenas merece este nombre; todo ello nos arroja leguas y siglos atrás, hácia la época y hácia los lugares donde tuvo su origen el género humano. Mas adelante vendrán otras razones á confirmarnos en la misma idea, y á asentar definitivamente que lejos de haber sido pueblos de la raza germánica las tribus godas que invadieron el Imperio, no fueron ni pudieron ser sino los sármatas de la antigüedad, los cosacos de la historia moderna.

13. Estos sármatas, estos getas, estos godos habian aparecido varias veces en las fron- ^{Su aparición en las fronteras del Imperio.} teras del imperio romano, y alguna tambien le habian invadido, llevando sus incursiones hasta la Iliria; mas aquel poder, fuerte y robusto aun, se habia defendido enérgicamente de ellos, y los habia rechazado hácia el norte, y lanzádolos mas allá de su frontera. Llegó sin embargo un instante en que, coincidiendo la decadencia de los unos con la presión de otra nueva oleada tártara, que impelia delante de sí al pueblo wisigodo, pasó este por la postrera vez el Danubio, y se aposentó en

las provincias de la Tracia y de la Mesia. El emperador Valente, que gobernaba el mundo oriental, ^{Su invasion por el Danubio.} hubo de resignarse mal su grado á lo que no tenia medios para impedir; y sacando al ménos partido de lo que era una calamidad y un presagio de ruina, inventó convertir á los godos en unos cuasi súbditos, auxiliares y defensores de la decadente autoridad romana.

14. Habíanse desvanecido ya la antigua virtud, el espíritu, la energía de los dominadores del orbe. Desmoralizados los ánimos con la perversion de todas las ideas, enmuellecidos los cuerpos con el desenfreno de todos los placeres, eran venidos á un estado de postracion de que apenas podemos formarnos juicio, aun en estos tiempos, que no se distinguen ni por la severidad de los pensamientos, ni por la austeridad de las costumbres. Si se conservaba el nombre primitivo de las legiones, nada habia en el hecho mas distante que una del siglo VI y lo que habia sido una de César. Las murallas, obra del ingenio, podian resguardar las ciudades ante las ignorantes hordas que no sabian combatirlas; mas los hombros del soldado eran incapaces ya para llevar la coraza, y no existian brazos que doblasen el arco, arrojasen la lanza y empuñasen la espada que habian conquistado el mundo.

^{Sus pactos con Valente.} 15. Incapaz pues Valente de resistir á los godos, quiso ganarlos con sus dones, pagarlos con sus riquezas, valerse de ellos como de soldados mercenarios. Dióles anchas provincias, ofrecióles cuantiosos sueldos, y demandóles á la vez que defendiesen el imperio de las tribus bárbaras que en pos de ellos acudian. Los godos accedieron á sus proposiciones, espantados por una parte y deslumbrados de la grandeza romana, que llenaba su imaginacion, y compelidos de la otra por la nueva avenida que con el nombre de hunos comenzaba á rebosar y derramarse de las regiones por donde ellos pasaran anteriormente.

^{Su conversion al cristianismo. Hácense arrianos.} 16. Con ese primer pacto entre el imperio oriental y las tribus wisigodas coincide el advenimiento de estas al cristianismo. Escasa y limitada, reducida ántes á lo puramente instintivo y necesario su religion, era natural que no les ofreciese grandes dificultades para ser convertidos á la del Imperio. Principio es que vemos repetido por donde quiera, y que la razon concibe y explica de un modo satisfactorio, el de que una teología puede ser resistida por otra; pero que donde no hay sino los elementos groseros del culto natural, allí es infalible é inmediato el triunfo de toda creencia que se presenta satisfaciendo medianamente á la razon. Los pueblos civilizados han ofrecido dificultades para reducirse á la fe cristiana; los pueblos bárbaros jamas han ofrecido ninguna. En los godos, ademas, es necesario tener presente una circunstancia, sobre la que mas de una vez habremos de llamar la atencion de nuestros lectores. De todas las tribus, de todas las hordas que cayeron sobre el imperio romano, ninguna era tan modificable, por decirlo así, ninguna recibia tan fácilmente cualquier género de impresiones, ninguna á su vez las cambiaba con mas prontitud y lijereza. Imitadores pues por instinto, mas que ninguna otra nacion de las que surgieron y aparecieron entonces, tenian los godos aun este nuevo motivo para adoptar la religion cristiana, tan luego como se pusiesen en contacto con su santa creencia, y tomasen asiento, aunque breve, en regiones donde fuera dominante. Un sacerdote de su tribu, llamado Ulfilas, fué el apóstol á quien debieron los principios de esa religion, al mismo tiempo que los de las letras: él tradujo en el idioma gótico cuasi todos los libros de la Biblia, y suya fué tambien la invencion del alfabeto con que comenzaron á escribirse aquellas palabras, no recogidas jamas anteriormente.

17. La conversion de los godos, verificada con tanta facilidad, no lo fué sin embargo á la ortodoxia católica. El imperio de Oriente, por donde ellos entraban á la esfera de la civilizacion, estaba agitado con mil disputas acerca del dogma cristiano. Tales diferencias, que son en el dia tenues y casi imperceptibles para nosotros, lo debieron ser mucho mas para unos bárbaros cuyas ideas y cuyo idioma estaban á la mayor distancia posible de los refinamientos metafísicos de la Grecia. No debian pues, por una parte, aquellas tribus dar la menor importancia á los debates teológicos que á su vista se ofreciesen; al paso que, por otra, debian abrazar como regla de fe la primera que se les predicara. Aconteció que el predicador Ulfilas se habia imbuido en las ideas arrianas, profesadas por Valente y seguidas con mucho favor y generalidad en aquellas provincias; y este puro acaso, decidiendo la herejía de los godos, trajo en pos de sí inmensas consecuencias que no debe desdeñar la historia, y algunas de las cuales habremos de consignar en este discurso.

18. Volvamos empero á nuestra narracion. El pacto concluido entre los godos (los wisigodos, los godos occidentales) y los romanos, por el que los segundos concedian tierras á los primeros, mientras que estos se obligaban en cambio á depender de ellos y á servirles, no podia tener verdaderamente subsistencia. Mas débiles los unos cada dia, mas audaces y desenfrenados los otros, á medida que se iba disipando el prestigio de la autoridad imperial, era un absurdo el presumir que se respetasen y se estimasen recíprocamente, tratando de cumplir cada parte las obligaciones que se habian impuesto. Los emperadores y el pueblo griego debian de acudir contra los godos á la ^{Desavenencias con los emperadores.} perfidia; los godos, á su vez, tendrian que apelar contra aquellos á las armas. La lucha ocurrió en efecto, y Valente pereció á manos de sus huéspedes, ya sus enemigos. Desde entónces el imperio godo, estendiéndose del uno y del otro lado del Danubio, en los confines de la barbarie y de la civilizacion, conservando mucho de la primera, y tomando algo de la segunda, se comprimía ó se dilataba, perdía ó aumentaba poder, segun eran por un lado débiles ó respetables los emperadores, y segun le acosaban ó dejaban respirar por otro las invasiones tártaras, que rodando como las olas del mar, iban acercándose á la Europa.

19. Bajo la dominacion de Teodosio, último monarca de aquella época digno de llevar la ^{Atanarico.} corona en sus sienes, las tribus godas dirigidas por Atanarico (Atharrik) eran unos aliados y auxiliares sumisos y obedientes del Imperio. Verdad es que á veces invadian sus regiones y recorrian algunas de sus provincias extremas; mas luego que se presentaba ante ellos la autoridad romana, enfrenábanse sus demasías y tornaban á manifestar su respeto al emperador. En este roce, que ni era el comercio ni la guerra, que ni era enemistad ni era alianza, pero que participaba grandemente de uno y otro principio, iba poco á poco aquel pueblo tomando de los antiguos dueños del mundo muchas de sus ideas, una gran parte de su idioma, vivos deseos por lo ménos de su cultura y civilizacion. Primogénito, si así puede decirse, entre todos los bárbaros, caminaba, segun hemos indicado, y con mas éxito cada vez, á construir un punto medio entre el Mediodía y el Norte, entre el orbe antiguo que se desplomaba, y el orbe nuevo que debia sentarse sobre sus ruinas.

20. Murió empero Teodosio, y faltaron la prudencia y el valor á la direccion del mundo romano. Al mismo tiempo que se extinguía el respeto con que habian mirado los bárbaros á aquel gran monarca, dejaba el imbécil Honorio de satisfacerles el sueldo acostumbrado, y daba ocasion de esta manera á que se arrojasen con un nuevo furor sobre las mas ricas provincias del Imperio. Entónces pudo decirse ya con exactitud, como lo dice Prócopio, que los godos habian declarado la guerra á toda la Europa.

21. Era por este tiempo su rey y capitán el célebre Alarico (All-rik), de la noble familia ^{Alarico.} Balta, elegido para tan encumbrado puesto por el bando que ansiaba los combates y la destruccion. Natural habia sido en tales tiempos, en semejantes circunstancias, la formacion de esa parcialidad, conservadora de las antiguas tradiciones y hábitos del pueblo godo, así como tambien la formacion de otra pacífica, y por hablar como hoy hablamos, favorecedora de la civilizacion. Natural era tambien que al llegar el Imperio á manos tan débiles é indignas como las que le gobernaban, cobrase fuerza el partido belicoso, y subiese al poder el que estaba señalado por el destino para abatir los muros de Roma, y hacer beber á los caballos escitas el agua del Tíber, dentro de la ciudad eterna.

22. No nos corresponde á nosotros describir la horrorosa escena de desolacion y pillaje á que llama el reinado de Alarico; ni sus continuas invasiones y paseos por Italia; ni los sitios de Roma, que repetidas veces tomó; ni la creacion por él de un emperador de fábrica bárbara, para oponerle al miserable Honorio; ni su intento de pasar al Africa, primera expedicion marítima de aquel pueblo, tan fatal á él como casi todas las que emprendió mas adelante; ni su muerte, en fin, ocurrida en Cosenza, y el original sepulcro que dentro del álveo de un rio le construyeron sus soldados.

23. A falta del grande depredador que acababa de dirigirlos, eligieron estos á su pariente ^{Ataulfo.} Ataulfo (Atta-hülph), no ménos bravo que aquel, no ménos probado en los combates. Bajo su direccion vuelven los godos á saquear á Roma, y se apoderan de Gala-Placidia, hermana del emperador, á la cual convierte Ataulfo de prisionera en mujer propia, emparentando así con Honorio, y comenzando á abrirse entre ellos tratos y estipulaciones que duraron toda la vida del monarca bárbaro. Pretenden

algunos que, como consecuencia de este consorcio, otorgó el César á la gente goda todo lo que en España pudiesen arrebatarse á los vándalos y á los suevos: por lo ménos es seguro que, con el designio de separarlos de la Italia, se les concedió que tomasen asiento en la Galia meridional. Ataulfo pasó efectivamente á ella, á la cabeza de aquel ejército que era al mismo tiempo una nacion; ^{Tomaron asiento en las dos vertientes del Pirineo.} y los feraces territorios que se extienden al sur del Garona, hasta la cordillera de los Pirineos, hubieron de obedecerle como á su monarca.

24. No duró mucho, sin embargo, esta apariencia de paz entre el jefe goda y el César de Rávena. La inquietud natural á los bárbaros no les permitía contenerse dentro de los límites artificiales que se les impusieron; y los romanos á su vez, orgullosos con el recuerdo de su valor antiguo, también se arrojaban á nuevas luchas luego que encontraban otros bárbaros que los sirviesen, ú olvidaban sus últimas derrotas. El goda embistió primeramente á Marsella, que no pudo tomar; y fué en seguida acometido y sitiado en Narbona por Constantino, general de Honorio, antiguo amante de su mujer Placidia, que tampoco consiguió rendirle.

25. Algun tiempo despues de estos inútiles combates, Ataulfo, sin abandonar la Galia meridional, donde su pueblo iba ya tomando asiento y apropiándose una parte de las tierras, atravesó con sus guerreros los Pirineos orientales, invadió la España tarraconense, y se apoderó y fijó su asiento en Barcelona. Es de creer que por la intercesion de su esposa habia hecho nuevamente la paz con Honorio, y venia á España con su consentimiento y en provecho comun. Por lo ménos parece seguro que, suspendiendo toda hostilidad contra los romanos, ántes al contrario, apoyándose en los restos de poder que les quedaban, hizo durante tres años una guerra cruda, aunque sin gran éxito, á los vándalos de la Bética y de la Cartaginense. Período á la verdad horrible sobre toda comparacion, en que enjambres de extranjeros, igualmente bárbaros y destructores, se disputaban nuestro suelo para saquearlo, y en que cualquiera que fuese el resultado de la contienda, no se podia aguardar para los infelices legítimos moradores del pais otra solucion que la del exterminio ó la esclavitud.

26. Algunos autores contemporáneos han atribuido á Ataulfo mayores y mas trascendentales pensamientos. Paulo Orosio, en particular, hace de estos una descripcion que, siendo exacta, indicaria gran elevacion de ánimo. Segun él, la primera idea del rey goda habria sido nada ménos que la de aniquilar el nombre romano, fundando sobre todas las tierras del Imperio un estado gótico, y repitiendo el papel de Augusto, creador de un trono y de una dinastía que dominaron el universo. La observacion y el conocimiento de la índole de sus compatriotas, la experiencia de sus obras, le habian hecho comprender despues que los godos eran incapaces de obedecer tranquilamente á las leyes, y de asentar y construir por entónces un verdadero estado. Impedido pues de obtener la gloria en que habia consistido su primer sueño, sustituyólo con otro que juzgaba posible, y que verdaderamente no lo era mas que aquel. Quería con toda eficacia constituirse en curador, en defensor, en padrino, por decirlo así, de la potencia que Dios y su pueblo habian destruido, y levantar de nuevo el nombre romano en toda su antigua valía, por el servicio y con los enérgicos brazos de los godos. Impotente á hacer un nuevo imperio con que reemplazar al que se desplomaba, proponíase al ménos libertar á este de su perdicion, salvarlo, reconstituirlo, ser su restaurador y su defensor.

27. Pero semejantes intenciones eran inconcebibles para la generalidad de la nacion goda. Si efectivamente pasaron por la imaginacion de Ataulfo, el buen sentido no debe considerarlas sino como un delirio sublime. Ni el imperio romano era capaz de restauracion, ni los godos podian ser sus ministros y sustentadores. Aquel se venia á tierra por momentos; y los segundos estaban destinados por la Providencia, no á la reconstitucion del órden antiguo, sino á la formacion de uno nuevo en lugar del que espiraba. Ataulfo, civilizado, entusiasta por lo que ántes fuera, decidido á restaurarlo, ya que no lo podia sustituir, era un anacronismo, porque era un retroceso ó un adelanto evidente, en medio de la ciega barbarie del pueblo que le habia aclamado por caudillo y director. Así fué imposible que se resignara este á sus tendencias pacíficas y romanas; y una conjuracion, dirigida por su muerte. Sigerico (Sieg-rik), le sacrificó con toda su familia en las calles de Barcelona.

28. Aquí también, entre los godos, como en el Imperio cuyos huéspedes habian sido, cuyos imi-

tadores habian de ser mas adelante, era el asesinato camino para el solio. Sin embargo, la muerte de Ataulfo y de su descendencia aprovechó muy poco á Sigerico: su reinado se contó por dias; y como él habia mandado asesinar, también á su vez fué asesinado.

29. Sucedióle Walia (Wall), continuador á la verdad de la política de Ataulfo, pero continuador con mas arte y mas prudencia. No dijo este monarca á sus pueblos que era necesario levantar el poder romano; no se mostró públicamente como el restaurador de la dignidad imperial; no hizo sentar en su trono á la hermana del César. Lo que creyó útil y se propuso hacer, encubriólo con destreza y con artificio; lo que acometió desde luego fué habiendo tenido la habilidad de hacérselo pedir por sus soldados. — «¿Qué prisa tenemos (les decia) de combatir á Roma? ¿Qué nos importa el conservar una mujer? Roma está siempre vencida, y Placidia no ofrece ningun interes para nosotros. Dejemos ir la hermana de Honorio adonde mejor le convenga: volvamos nuestras armas contra los suevos, los vándalos y los alanos. Cuando hayamos concluido este propósito, que es digno de nuestro valor, Roma estará á nuestros piés, y podremos hollarla sin dificultad y sin recelo.»

30. El pueblo goda acoge con entusiasmo la voluntad de su rey, y desde entónces el reinado de Walia es una campaña interminable en toda la Península. Los vándalos, venidos en la Bética, atraviesan la España interior, y van á confundirse momentáneamente con los suevos; los alanos son aniquilados en la Lusitania; los suevos mismos se reconocen débiles ante el empuje del pueblo goda, y piden humildemente la paz, ofreciendo someterse á la soberanía de Roma. En cambio y recompensa, concede Honorio á los vencedores la parte de la Galia meridional y occidental que llamaban segunda Aquitania, y que se extendia desde Tolosa por las dos márgenes del Garona, hasta Saintes y Poitiers. Abarcó pues de esta suerte el reino de los godos desde el litoral de Cataluña hasta la embocadura del Loira, y quedaron estos colocados sobre el Pirineo, amenazando en su totalidad las Españas y las Galias: aliados y espoliadores del imperio de Occidente, vencedores de los pueblos bárbaros que tenían á su alcance, sin saberse aun si debian continuar una marcha aventurera, ó si era llegado el punto en que definitivamente se fijaran y constituyesen un verdadero estado.

31. Esta constitucion principia á realizarse bajo la soberanía de Teodoro (Theoder). Nombrado rey por la muerte prematura de Walia, y encontrando cansado á su pueblo de la prolongadísima guerra en que se agitaba tanto tiempo hacia, es el primero que de hecho le convierte hácia las dulzuras de la paz, y le obliga á permanecer en quietud y en reposo por algunos años. Nunca, desde que abandonaran las márgenes del Danubio, habian disfrutado los godos de tan largo sosiego como el que gozaron en la Galia meridional y sobre las dos vertientes de la frontera española, durante el primer período del reinado de este monarca. El estado, por decirlo así, se asentó y organizó en aquella época; la tribu se convirtió en nacion; las tradiciones nómadas fueron reemplazadas por otros hábitos de fijeza y de estabilidad. Si volvieron despues á agitarse y á combatir, si extendieron por las Galias y por España su dominio, ocupando poco á poco toda esta última, fijando su corte en Toledo, llevando el imperio de sus armas hasta mas allá del estrecho de Calpe, todo fué un verdadero engrandecimiento, á la manera de tantos otros como nos refieren las historias, pero no una emigracion, una marcha, un viaje á la ventura, como los que llevaban corridos hasta allí. El pueblo goda habia completamente entrado en las vias de la civilizacion: el pastoreo se reemplazaba por la agricultura; la horda espiraba, en fin, donde se ponía la cuna del estado. Las pintorescas y feraces márgenes del Garona y del Ebro fijaban por último á aquellas bandas, que no habian descansado desde las del Dnieper. Apoderados de los dos tercios de las tierras donde vivian, comenzaban á ver en ellas la imágen de la patria, que anteriormente solo llevaran sobre sus carros; comenzaban á amarlas, como habian amado hasta allí sus caballos, sus escudos, su vagante libertad.

32. Hubo mas aun: los godos bajo Teodoro defendieron las Galias contra la nueva invasion que en pos de ellos venia; y no solo las defendieron, sino que las salvaron en los campos de Chalons, que fueron la roca donde se rompió con estrépito el poder de los hunos, postrera y mas temible oleada de la barbarie.